

## CAPITULO PRIMERO

### EL CONOCIMIENTO DEL ESPÍRITU

I. Función de la idea del yo en la vida mental.—Su presencia casi incesante.—El yo comparado con sus fenómenos.

II. Ideas de que se compone la idea del yo.—Entre otras comprende la de un ser permanente unido á tal cuerpo organizado.—Lo que entendemos por este enlace.—Ideas más precisas de que se compone la idea del yo.—Idea de un grupo de capacidades ó facultades.

III. Lo que entendemos por las palabras capacidad y facultad.—No designan más que la posibilidad de ciertos hechos bajo tales condiciones y la necesidad de los mismos hechos bajo las mismas condiciones, mas una condición complementaria.—Estas posibilidades y necesidades son permanentes.—Importancia capital que para nosotros tienen.—Ilusión metafísica que su idea provoca.—Los únicos elementos reales de nuestro ser son nuestros hechos.

IV. El carácter distintivo, común á todos estos hechos es el aparecer como internos.—Ejemplos.—Mecanismo de la rectificación.—Toda representación, concepción ó idea, en su segundo momento, está obligada á aparecer como interior. Nuestras emociones y voliciones no son sino el aspecto afectivo y activo de nuestras ideas.—De donde se sigue que deben también aparecer como interiores.—Las sensaciones que localizamos en nuestro cuerpo aparecen como interiores. Las sensaciones que localizamos fuera de nuestro cuerpo aparecen

como hechos extraños á nosotros ó como propiedades de los cuerpos extraños á nosotros.

V. Nuestros hechos pasados, tanto como los presentes, aparecen como interiores.—La serie de estos hechos se presenta como una cadena. Mecanismo de la memoria que los enlaza entre sí anillo con anillo.—Por la ley del renacimiento de las imágenes, la de uno de nuestros hechos evoca las del anterior y del siguiente.—Procedimientos abreviadores por los que nos remontamos ó descendemos pronto y lejos en la serie total.—Ejemplos. Puntos eminentes de nuestra vida pasada. Saltamos de eminencia en eminencia.—Efecto de este rápido recorrido. Separación de un carácter común á todos los elementos sucesivos de la serie.—Idea de un interior estable.—Esta idea es la del yo.—Coronación de esta idea por la de las capacidades y facultades permanentes.—Oposición final del yo y de sus hechos.

VI. A qué compuesto real corresponde efectivamente la idea del yo.—Es el producto de una elaboración larga y compleja.—Operaciones previas requeridas para formarla.—Por tanto, es susceptible de error.—Diversas clases de errores respecto del yo.—Casos en que hechos extraños se introducen en la idea del yo.—Ejemplos diversos.—Punto de partida de la ilusión.—En los novelistas.—En los espíritus incultos.—En el ensueño.—En los locos.—En el hipnotismo.—Casos en que hechos que pertenecen al yo se atribuyen á otro.—Enajenación normal de nuestras sensaciones de sonido y de color. Alucinaciones psíquicas.—Locuciones intelectuales de los místicos.—Historia de Blake.—Otros ejemplos.—Punto de partida y progreso de la ilusión.—Paso de la alucinación psíquica á la de los sentidos. Caso en que la serie total de nuestros hechos pasados, presentes y posibles es reemplazada por una serie extraña.—Punto de partida de la ilusión.—Sugestiones en el hipnotismo.—Experiencias de los doctores Tuke y Elliotson.—Ejemplos en los monómanos.—Enfermos persuadidos de que son otra persona, que están transformados en animales ó en cuerpos inanimados, que están muertos.—Creencias análogas en el ensueño.—Mecanismo de la idea del yo en el estado normal.—Analogía del trabajo mental y del vital

VII. Veracidad general del recuerdo.—Dado el meca-

nismo del recuerdo, su funcionamiento es de ordinario seguro.—A la imagen actual, clara y circunstanciada, corresponde casi siempre una sensación antecedente, de que la imagen es el resto.—Al emplazamiento aparente de la imagen rechazada corresponde casi siempre el emplazamiento real de la sensación antecedente.—Veracidad general de la noción que tenemos de nuestras facultades.—La experiencia incesante la inspecciona, la rectifica y la consolida.—Cohesión de sus elementos.—Son necesarias circunstancias excepcionales para separarlos ó incluir entre ellos otros extraños.—Razón general de la concordancia de nuestros pensamientos y de las cosas.

VIII. Como, según la idea de nuestro espíritu, nos formamos la idea de los demás espíritus.—Analogía de los demás cuerpos vivientes y del nuestro.—Esta analogía nos sugiere por asociación la idea de un espíritu semejante al nuestro.—Comprobaciones diversas, numerosas y constantes de esta inducción espontánea.

IX. Resumen general y vistas de conjunto.—En todas las operaciones precedentes, una imagen ó un grupo de imágenes va unida á una sensación ó un grupo de sensaciones, á una imagen ó un grupo de imágenes, en virtud de las leyes de reviviscencia y de asociación de las imágenes.—Complicación creciente del compuesto mental.—Complicación enorme del compuesto que constituye la idea de un individuo.—Todo compuesto mental es un par y como tal, es un conocimiento.—Cuando el primer término del par se repite por la sensación actual, el segundo viene á ser una previsión.—Mecanismo de la previsión y proyección del segundo término en el porvenir.—En la mayoría de los casos nuestra previsión concuerda con el hecho previsto.—Correspondencia ordinaria de la ley mental con la real.—Dos estados del par mental.—Actúa antes de diferenciarse.—Oposición del pensamiento animal con el humano.—Paso del primero al segundo.—Después de las ideas de las cosas individuales nacen las de las generales.

I. Hémos aquí llegados al centro inextenso, especie de punto matemático, con relación al cual definimos el resto, y que cada uno de nosotros

llama yo. En cada instante de nuestra vida volvemos á él; es necesaria una contemplación bastante intensa, casi en extásis, para separarnos de él enteramente y hacérnosle olvidar durante algunos minutos; aún entonces, por una especie de golpe de retroceso, volvemos á entrar con mayor fuerza en nosotros mismos; vemos de nuevo en espíritu toda la escena anterior, y mentalmente, veinte veces en un minuto, nos decimos: «Hace un momento estaba allí, he mirado por este lado, luego por este otro, he tenido tal emoción, he hecho tal gesto, y ahora estoy aquí».—Además, la idea de nosotros mismos está comprendida en todos nuestros recuerdos, en casi todas nuestras previsiones, en todas nuestras concepciones ó imaginaciones puras.—Además, todas nuestras ideas un poco extrañas ó vivas, notablemente las de placer ó dolor, la evocan, y muchas veces olvidamos casi completamente y durante un tiempo bastante largo, el mundo exterior, para recordar un trozo agradable ó interesante de nuestra vida, para imaginar y esperar alguna gran dicha, para observar á distancia en el pasado ó en el porvenir, una serie de nuestras emociones.—Pero este *nosotros mismos*, al cual, por un perpétuo retorno unimos cada uno de nuestros fenómenos incesantes, es mucho más extenso que cada uno de ellos. Se alarga á nuestros ojos con certidumbre, como un hilo continuo, hacia atrás, á través de veinte, treinta, cuarenta años, hasta los más lejanos de nuestros recuerdos, más allá todavía, hasta el principio de nuestra vida, y se alarga también hacia adelante, por conjetura, en otras lejanías indeterminadas y oscuras. A cada malla nueva que le añadimos, volvemos á ver un fragmento de él

más ó menos largo, un minuto, una hora, una jornada, un año, á veces un trozo enorme, con una ojeada, y como en un relámpago. Por esto, comparado con nuestros fenómenos pasajeros, este yo adquiere á nuestros ojos una importancia soberana.—Nos es preciso indagar qué idea tenemos de él, de qué elementos se compone esta idea, cómo se forma en nosotros, porqué es evocada por cada uno de nuestros hechos, qué le corresponde, y por qué ajuste se establece esta correspondencia de la cosa y de la idea.

II. ¿Qué entendemos por un yo, en otros términos, por una persona, un alma, un espíritu? Cuando concebimos tal individuo vivo, Pedro, Pablo, ó nosotros mismos, ¿qué idea hay en nosotros, y de qué elementos se compone esta idea?—Lo que afirmamos es primeramente un algo, un ser; yo uso expresamente las palabras más vagas, para no prejuzgar nada. Pero, pronunciando estas palabras, no afirmamos nada de él, sino que es; nada decimos de lo que es; esta cuestión se aplaza.—Lo que afirmamos en segundo lugar, es que es un ser permanente; hay en él algo que dura y permanece él mismo. Soy hoy, pero era ayer, y anteayer; lo mismo respecto á Pedro y á Pablo. Si en ciertos respectos, ellos y yo, hemos cambiado, en otros, ellos y yo, no hemos cambiado y concibo en ellos como en mí algo que ha quedado fijo. Pero diciendo esto, no hago más que afirmar la permanencia de algo en ellos y en mí; no digo lo que es este algo; establezco su dirección, no su cualidad; la cuestión se reserva todavía.—Lo que afirmamos en tercer lugar, es

que este algo está unido á tal cuerpo organizado; yo tengo el mío, Pedro y Pablo tienen cada uno el suyo; y queremos decir con esto que, por regla general, ciertos cambios de mi cuerpo provocan directamente en mí tales sensaciones, y que ciertos fenómenos en mí, emociones, voliciones, provocan directamente en mi cuerpo tales cambios, la misma regla para Pablo, Pedro, y sus cuerpos. Pero esta regla no hace más que establecer una relación constante entre ciertos cambios de tal cuerpo y ciertos estados del algo desconocido; resta siempre por buscar lo que es; la cuestión queda aplazada una última vez.—Después de haber notado su existencia, su permanencia y su principal relación, nos es preciso hallar las cualidades que le determinan.

Estas cualidades son sus capacidades y facultades. Soy capaz de sentir, de percibir los objetos exteriores, de acordarme, de imaginar, desear, querer, contraer mis músculos, y en este respecto, Pedro, Pablo y los otros hombres son como yo. Además, á más de estas capacidades comunes á todos los hombres, tengo las particulares mías; por ejemplo, yo soy capaz de comprender un libro latino; este mozo es capaz de llevar un saco de trescientas libras; he aquí atribuciones precisas que determinan el algo desconocido. Reunamos en un grupo y en un haz todas las capacidades y facultades comunes ó propias, que se hallan en él, y sabremos lo que es, sabiendo lo que contiene. El bosquejo vago y vacío, que teníamos del yo ó de la persona, se limita y se llena.

III. Hémos aquí, por tanto, conducidos á bus-

car lo que entendemos por estas capacidades y facultades. Tengo la capacidad ó facultad de sentir; esto significa que puedo tener sensaciones, sensaciones de diversas especies, de olor, sabor, frío, calor, y por ejemplo, de sonido. En otros términos, sensaciones de sonido, que si nacen, serán mías, son posibles. Son posibles, porque su condición, que es un cierto estado de mi aparato acústico y de mis centros sensibles, está dada; si esta condición dejara de darse, cesarían de ser posibles; no sería yo capaz ya de oír sonidos, sería sordo.—De modo semejante, un hombre tiene la facultad ó poder de percibir los cuerpos exteriores, principalmente por la vista; esto significa que percepciones de la vista, que si aparecen, serán tuyas, son posibles. Son posibles en dos condiciones; es preciso que su aparato óptico y cerebral esté en el estado requerido, y que la educación de la vista haya asociado en él á las sensaciones ópticas la imagen de ciertas sensaciones musculares; como estas dos condiciones están dadas, sus percepciones son posibles; si la una ó la otra fueran suprimidas, sus percepciones dejarían de ser posibles; perdería ó solo tendría ya incompleta la facultad de ver. Lo mismo ocurre en todos los demás casos que se considera como facultad común á todos los hombres ó una facultad propia de un individuo. Tengo el poder ó facultad de mover mis miembros y de hacer persistir mis ideas. Esto significa que este movimiento de mis miembros y esta persistencia de mis ideas son posibles; este movimiento es posible, porque su condición, con cierto estado de mi aparato muscular y nervioso, está dada; esta persistencia es posible, porque su condición, con

cierto equilibrio de mis imágenes, está dada.—Tengo el poder de comprender un libro latino, y mi vecino el mozo de cuerda tiene el de cargar un saco de trescientas libras; esto significa que si leo un libro latino, lo comprenderé; que si el mozo tiene á la espalda un saco de trescientas libras lo llevará. La primera acción es posible para mí, porque su condición, la inteligencia de las palabras latinas, está dada; la segunda es posible para el mozo, porque sus condiciones, el desarrollo de los músculos y el hábito del ejercicio corporal, están dadas. Suprimamos una de estas condiciones, la posibilidad desaparece y la facultad perece hasta el restablecimiento de la condición que falta. Debilidad y disminuid los músculos del mozo por una dieta de un mes, no tendrá ya fuerza para levantar el saco. Que una parálisis embote los nervios de mi brazo, no podía ya moverlo. Que una alucinación impida á mis centros sensibles recibir la impresión producida en mi retina por los rayos emanados de la mesa, en tanto dure la alucinación no podré ya percibir la mesa por los ojos.—Por el contrario, curad la alucinación, la parálisis y fortificad los músculos empobrecidos, las posibilidades, y con ellas las facultades suspendidas renacerán como eran antes.

Así, facultad, capacidad, son términos enteramente relativos, y volvemos á caer aquí en un análisis semejante al que hemos practicado sobre las propiedades de los cuerpos. Todas estas palabras equivalen á la de poder; y cualquiera que sea el poder, el de un perro que puede correr, el de un matemático que puede resolver una ecuación, el de un rey absoluto que puede hacer cortar cabezas, esta palabra no hace nunca más que esta-

blecer como presentes las condiciones de un hecho ó de una clase de hecho. Nada más útil que el conocimiento de semejantes condiciones; él nos permite prever los acontecimientos, los ajenos como los nuestros. Por tanto, damos una gran importancia á estos poderes, son para nosotros lo principal y lo esencial de las cosas; estamos tentados á hacer de ellos entidades distintas, á considerarlos como un fondo primitivo, una parte inferior estable, una fuente independiente y productora de donde se derraman los hechos.—La verdad es, sin embargo, que en sí un poder no es nada, salvo un punto de vista, un extracto, una particularidad de ciertos hechos, la particularidad que tienen de ser posibles porque sus condiciones están dadas. Si estos hechos son míos ó una continuación de los míos, el poder me pertenece. Al decir que tengo tal poder, no hago más que anunciar como posible tal hecho, sensación, percepción, emoción, volición, que formará quizás parte de mi ser, tal otro hecho, contracción muscular, transporte de una carga, ejecución de una orden, que seguirá de cerca ó de lejos, á un estado posible de mi ser. Pero estos hechos y estos estados son supuestos y no dados; no forman parte sino de mi ser posible, no de mi ser real. Uno solo de ellos nacerá en cada momento; los demás, en número ilimitado, no nacerán. Permanecerán á la puerta ó en el umbral; el otro, el único, el privilegiado, entrará solo y solo formará parte de mí mismo. En punto á elementos reales y materiales positivos, no encuentro, pues, para constituir mi ser, sino mis hechos y mis estados, futuros, presentes, pasados. Lo que hay de efectivo en mí, es su serie ó trama. Soy, pues, una serie de hechos

y de estados sucesivos, sensaciones, imágenes, ideas, percepciones, recuerdos, previsiones, emociones, deseos, voliciones, unidos entre sí, provocados por ciertos cambios de mi cuerpo y de los demás, y provocando ciertos cambios de mi cuerpo y de los demás cuerpos. Y como visiblemente todos mis hechos pasados, futuros ó posibles, son más ó menos análogos á los hechos cuotidianos que puedo percibir en el momento ó casi en el momento en que se producen, son estos, los más claros y cercanos de todos, los que voy á estudiar para saber lo que constituye el yo.

IV. Consideremos, pues, uno de estos hechos ó grupos de hechos presentes, tal sensación de dolor ó de placer, de contacto, de temperatura, de sabor ú olor, tal sensación táctil y muscular, tal imagen preponderante, tal palabra mental preponderante, tal emoción, deseo, volición.—En este momento sufro jaqueca, ó gusto una buena fruta, ó me deleito en calentar mis miembros junto al fuego; imagino ó recuerdo, estoy contrariado ó alegre por una idea, me decido á emprender una marcha. He aquí los hechos que encuentro en mí; activos, ó pasivos, voluntarios ó involuntarios, cualesquiera que sean sus matices, no importa; constituyen mi ser presente, y me los atribuyo. Ahora bien, todas las circunstancias que me atribuyo tienen un carácter común; se me presentan como interiores.

Tomemos primeramente los más frecuentes, es decir, las representaciones, ideas, concepciones que tenemos de los objetos y principalmente de los cuerpos exteriores; por ejemplo, me repre-

sento el viejo péndulo de columnas que está en la habitación vecina. Muebles, interiores, figuras humanas ó animales, árboles, casas, calles, paisajes, son representaciones de este género cuya serie compone la corriente ordinaria de nuestro pensamiento. Por un mecanismo que se ha descrito, su tendencia alucinatoria es estorbada; están afectas de una contradicción que las niega como objetos exteriores; se oponen así á estos, en otros términos, aparecen como interiores.—Así ocurre con toda idea, sensible ó abstracta, simple ó compuesta. Porque una idea es siempre la idea de algo, y, por tanto, comprende dos momentos, el primero, ilusorio, en que parece la cosa misma; el segundo, rectificador, en que aparece como simple idea. Esta transformación que sufre opone el uno al otro los dos momentos que la constituyen; expresamos este paso diciendo que volvemos á entrar en nosotros mismos, y que del objeto volvemos al sujeto; es, pues, el mismo hecho ó grupo de hechos el que según sus estados sucesivos, constituye primeramente el objeto aparente y enseguida el sujeto actual.—Así la operación rectificadora, por la cual una idea aparece como tal, es al mismo tiempo la reflexión por la cual esta idea aparece como cosa interna, y la contradicción que la niega como fragmento del exterior la establece por el mismo hecho como fragmento del interior.

Ahora, notad que toda idea, concepción, representación tiene un doble aspecto. De un lado, es un conocimiento; de otro, es una emoción. Es agradable, penosa, sorprendente, aterradora, tierna, consoladora. Su energía, sus debilitamientos, sus intermitencias son justamente los de la emo-

ción. No hay en ella sino un solo y mismo hecho de dos aspectos, uno intelectual, otro afectivo é impulsivo.—Se os anuncia que tal persona, que el día antes habíais dejado en buena salud, ha muerto de pronto, y esta idea os trastorna. Se os anuncia que uno de vuestros allegados está muy enfermo, y esta idea os aflige. Origina una sacudida general ó una especie de punzada aguda que va debilitándose, y esto constituye un desorden que dura. Nada hay que admirar si esta larga perturbación, que parte de una idea y persiste á través de una serie de ideas, nos parece interior como ellas, si los deseos y las voliciones que de ella derivan se refieren del mismo modo al interior, si las consecuencias y caracteres de las ideas se oponen, como las ideas, al exterior y no pueden ser alojadas en parte alguna.

Resta investigar por qué las sensaciones que colocamos en nuestro cuerpo se nos presentan también como interiores y se refieren por nosotros á nosotros mismos.—Para hallar la razón de ello, basta compararlas á las que nos pertenecen igualmente, y que, sin embargo, para nada nos atribuimos, las de color y sonido. Se ha visto el mecanismo que las proyecta en apariencia fuera de nuestro cuerpo; si no son enajenadas, es porque son proyectadas fuera de nuestro recinto. Por tanto, porque las demás, las de contacto, presión, temperatura, esfuerzo muscular, dolor local, sabor y olor, no son en modo alguno proyectadas fuera de nuestro cuerpo, es por lo que para nada nos son enajenadas; su emplazamiento es la causa de su atribución; nos las referimos, porque nuestro cuerpo, comparado con los demás, tiene caracteres singulares y propios.—En

efecto, por su mediación percibimos los demás cuerpos y obramos sobre ellos. Venga la acción de nosotros ó de ellos, está siempre entre ellos y nosotros. Para que los conozcamos, es preciso primeramente que uno de sus órganos sea excitado; para que les imprimamos un movimiento es necesario primeramente que uno de sus músculos sea contraído. Es nuestro primer motor y nuestro primer móvil; con relación á los demás, está siempre *del lado acá*; con relación á él, están siempre *del lado allá*. Es nuestro recinto inmediato, de suerte que si se le compara con los demás, es un *interior* y ellos son un *exterior*.—Por esto, aun cuando alojadas por nosotros en los órganos, las sensaciones de que se ha hablado se nos presentan como internas y se enlazan al yo.—Tal es nuestra concepción del sujeto actual; he aquí todos los hechos presentes y reales que encierra. Lo que soy actualmente, lo que constituye mi ser real, es tal grupo presente y real de sensaciones, ideas, emociones, deseos, voliciones; mi concepción de mi ser actual no comprende más que estos hechos, y en el análisis, estos hechos presentan todos el carácter común de ser declarados internos, ya porque á título de ideas y de consecuencias de ideas son opuestos á las cosas y están privados de situación, ya porque su emplazamiento aparente se halla en nuestro cuerpo.

V. Ahora bien, en el momento anterior, el sujeto, siendo enteramente semejante, no contenía sino hechos del mismo género; la misma observación para cada uno de los momentos ante-

riores. Y, de hecho, cuando por el recuerdo consideramos alguno de estos momentos, los hallamos todos semejantes al presente; hace un instante, cuando yo estaba en la otra habitación, tenía una sensación de frío, andaba, miraba la hora, preveía, deseaba, quería como en este momento. Por consiguiente mis hechos pasados, como los presentes, tienen todos el carácter de aparecer como internos.—Con este título forman una cadena, cuyos anillos, todos del mismo metal, se presentan á la vez unidos y distintos. Porque, según el mecanismo que hemos descrito y explicado, de un lado la imagen que constituye un recuerdo parece proyectada hacia atrás y retrocede más allá de las sensaciones ó imágenes represivas, lo cual la separa de ellas; y de otro, la misma imagen, situándose con precisión, parece soldarse por su extremo posterior al anterior de las imágenes ó sensaciones represivas lo cual la une á ellas; de suerte que nuestros fenómenos se nos presentan como una *línea continua de elementos antiguos*. Pasamos sin dificultad de un anillo á otro; según la ley bien conocida que rige el renacimiento de las imágenes, las de dos sensaciones sucesivas tienden á evocarse mutuamente; por tanto, cuando la imagen de uno de nuestros momentos anteriores resulta en nosotros la del precedente y la del siguiente tienden á resucitar por asociación y de rechazo.

No solo vamos por este procedimiento de uno de nuestros momentos al más próximo, sino que, por abreviaciones que reúnen en una imagen una larga serie de momentos, vamos de un período de nuestra vida á otro. En efecto, si para acordarnos de uno de nuestros hechos algo lejanos nos

fuera preciso evocar las imágenes de todas nuestras sensaciones intermedias, la operación sería prodigiosamente larga; exactamente hablando, emplearía tanto tiempo como habría transcurrido entre este hecho y el momento presente. Porque todo el pormenor y toda la duración de las sensaciones intermedias volverían á encontrarse en las imágenes que nos harían retroceder hasta este hecho; nos serían precisas, pues, veinticuatro horas para recordar una sensación de la víspera. A esto ha remediado la naturaleza por la ocultación que sufren las imágenes (1), y por la propiedad que tienen ciertas imágenes eminentes de ser los sustitutos abreviadores del grupo en que están incluidas.—Por ejemplo, esta mañana he ido á tal calle y á tal casa; en este momento, si recuerdo este paseo multitud de pormenores faltan; muchas sensaciones que he tenido no renacen ya. No veo ya las diferentes siluetas de casas, coches, transeuntes que he visto; de diez, nueve se han borrado definitivamente y para siempre; de todas estas impresiones no hay más que un resto que sea capaz de renacer. Además casi siempre en la vida ordinaria, no doy tiempo para ello; me sería necesario insistir, buscar en mi memoria. Solo cuando busco, veo de nuevo ciertos pormenores precisos, tal tienda, tal fisonomía interesante, tal esquina de calle más chocante. Si no apoyo, si no desecho las impresiones y las distracciones que sobrevienen, si no dejo á mis recuerdos tiempo para precisarse y completarse, permanecen, casi todos en el estado latente; lo que sobrevive y emerge; es un trozo de diez mil, la representación

(1) Primera parte, libro II, cap. II



vaga de mi marcha en tal momento por la calle, ó de mi llegada á la casa, ó de la actitud del amigo que he ido á ver.—Pero esto basta; este trozo conservado vale para mí lo que el resto; sé por experiencia que al concentrar en él mi atención, resucitaré varios semejantes de la misma serie; es en adelante para mí la representación sumaria del todo.—Lo mismo ocurre con el almuerzo que he hecho antes, con la lectura que ha gastado mis primeras horas de la mañana; de suerte que con tres sustitutos abreviadores remonto en una ojeada hasta el momento de levantarme, es decir, hasta un incidente separado por diez horas del momento actual.

Cuanto más anterior es el hecho, mayor es la ocultación de las imágenes; cuanto mayor es esta, más cosas resume el sustituto abreviador.—Mi jornada de ayer ó de anteayer no subsiste en mí sino por un hecho saliente, tal visita que he recibido, tal accidente doméstico al que ha habido que preveer. Si retrocedo más lejos, no percibo, en el naufragio y la desaparición irremediable de mis innumerables sensaciones anteriores, sino raras imágenes que sobrenadan, mi llegada á la casa de campo que habito, los primeros brotes verdes de la primavera, una velada de invierno en casa de tal persona, tal aspecto de una ciudad extranjera en que estaba hace un año. Puedo así remontarme muy lejos y muy pronto, saltando de cima en cima, llegar en un momento á diez, veinte años de distancia.—Unid á esto el calendario, las cifras, todos los medios que tenemos y que faltan á los niños, á los salvajes, para medir esta distancia. Gracias á una asociación de imágenes, colocamos nuestros hechos en la serie de los días

y los meses que da el almanaque, en la serie de los años que presenta la cronología. Esto hecho, precisamos, por estos atlas auxiliares, el emplazamiento que nuestros diversos hechos ocupan en el tiempo, en relación los unos con los otros, y podemos no solo ver de nuevo en un segundo nuestros hechos más lejanos, sino también calcular el intervalo que los separa del presente.

Por esta operación más ó menos perfeccionada, abrazamos muy largos trozos de nuestro ser en un instante y por decirlo así, en una sola mirada. Los hechos distintos cuya sucesión le ha constituido en este intervalo, dejan de serlo; se borran por las abreviaciones y la velocidad; nada flota del recorrido, sino un carácter común á todos los elementos recorridos, la particularidad que tienen de ser interiores. Réstanos pues, la idea de un algo interior, de un *dentro*, que por este título se opone á todo lo exterior, que se halla siempre el mismo en todos los momentos de la serie, que por consiguiente, dura y subsiste, que, á causa de esto, nos parece de importancia superior y al que se unen, como accesorios, los diversos hechos pasajeros. Este interior estable es lo que cada uno de nosotros llama *mi ó yo* (1).—Comparado con sus hechos que pasan en tanto que él persiste, es una sustancia; es designado por un sustantivo ó un pronombre, y vuelve sin cesar á primera línea en el discurso oral ó mental.—Desde este momento, cuando reflexionamos en él, nos dejamos engañar por el

(1) Según unos, la palabra yo (*ich*, *ego*, *aham*) viene de la raíz *ah*, respirar, y designa el soplo interior; según otros, viene de la raíz *gha*, *ha*, que significa *este*, y por la que se designa uno mismo al interlocutor (Max Müller, *Science du langage*, II, 67, trad. Harris et Perrot).

lenguaje; olvidamos que su permanencia es aparente; que si parece fijo, es que se repite incesantemente; que en sí no es más que un resumen de los hechos internos; que de ellos saca todo su ser; que este ser prestado, separado ficticiamente, aislado por el olvido de sus relaciones, nada es en sí y aparte. Si no nos saca del error un análisis severo, caemos en la ilusión metafísica; estamos inclinados á concebirla como una cosa distinta, estable, independiente de sus modos y aún capaz de subsistir después que la serie de donde procede ha desaparecido.

Otra ilusión metafísica viene á completar su ser y terminar su aislamiento. Hemos clasificado sus fenómenos y los hechos que sus fenómenos provocan según sus semejanzas y sus diferencias, y hemos colocado cada grupo en un compartimiento distinto y bajo un nombre común, aquí las sensaciones, allí las percepciones exteriores, allí abajo los recuerdos, más lejos las voliciones, los movimientos voluntarios y así sucesivamente. Considerando nuestro estado presente, sabemos ó suponemos que las condiciones de estos fenómenos son posibles; lo que expresamos diciendo que tenemos el poder, la capacidad o facultad de sentir, percibir, recordar, querer, contraer nuestros músculos. A más de estos poderes comunes á todos los hombres, cada uno de nosotros descubre en sí mismo, por una experiencia semejante, los poderes particulares que le son propios. Ahora bien, cuando consideramos estos poderes los hallamos todos más ó menos permanentes. Preceden á los hechos y de ordinario les sobreviven. Permanecen intactos durante largos años, algunos durante toda nuestra vida. Con-

trastan de este modo con los hechos que són transitorios y parecen la porción esencial del hombre. Con tal motivo, su noción se enlaza con la del yo persistente; desde este momento, este yo deja de aparecernos como un simple *interior*; se completa, se califica, se determina; le definimos por el grupo de sus poderes, y si nos dejamos caer en el error metafísico, le ponemos aparte como una cosa completa, independiente, siempre la misma ante la ola de sus hechos.

VI. Tal es, pues, la noción del yo. Ilusoria en el sentido metafísico, no lo es en el ordinario; no es posible declararla vacía; algo la corresponde, algo bastante análogo á lo que, según nuestro análisis, constituye la sustancia de los cuerpos. Este algo es la posibilidad permanente de ciertos hechos bajo ciertas condiciones, y la necesidad permanente de los mismos hechos bajo las mismas condiciones, más una complementaria, teniendo todos estos hechos un carácter común y distintivo, el de aparecer como internos. Con este título, manteniendo exactamente el sentido de las palabras, podemos decir que el yo, como los cuerpos, es una fuerza, una fuerza que con relación á ellos, es un interior, como con relación á ella, ellos son un exterior. Estas tres palabras fuerza, interior, exterior, no expresan sino relaciones y nada más; en todos los momentos de mi vida, soy un interior capaz de ciertos hechos bajo ciertas condiciones, y cuyos hechos en ciertas condiciones son capaces de provocar otros en mí mismo ó en otro. He aquí lo que en mí persiste, y lo que en todos

mis momentos, será siempre lo mismo.—Manifiesto es que no es esta una noción primitiva. Tiene precedentes, elementos, una historia, y pueden contarse todos los pasos de la operación involuntaria que lleva á formarla.

Es preciso primeramente que tengamos recuerdos y recuerdos exactos. Es preciso además, que por el encaje de nuestros recuerdos, nuestros hechos se nos presenten como una serie continua. Es preciso enseguida que, gracias á las abreviaciones de la memoria, las particularidades de nuestros hechos se borren, que un carácter común á todos los elementos de la serie predomine, se desprenda, se aisle y sea erigido por un sustantivo en sustancia. Es preciso además que adquiramos la idea de los poderes, capacidades ó facultades de esta sustancia; por tanto, que clasifiquemos nuestros hechos según sus diversas especies; que, por la experiencia más ó menos prolongada, distingamos sus condiciones internas y externas; que viendo ó presumiendo la presencia de las condiciones, concibamos estos hechos como posibles; y finalmente, que aislando esta posibilidad, nos la atribuyamos con el nombre de poder, capacidad ó facultad.—La idea del yo es por tanto un producto; á su formación concurren muchos materiales diversamente elaborados. Como todo compuesto mental ú orgánico tiene su forma normal; pero para que lo alcance, le son necesarios ciertos materiales y una cierta elaboración; por poco que los elementos se alteren y el trabajo se extravíe, la forma se aparta y la obra final es monstruosa. Por consiguiente, la idea del yo puede desviarse y hallarse monstruosa; y por próximos que estemos á nosotros mismos, pode-

mos engañarnos de varios modos acerca de nuestro yo.

En primer lugar, ciertos materiales extraños pueden introducirse en la idea que tenemos de él. Hay circunstancias en que una serie de hechos imaginarios se ingiere en la serie de los hechos reales; nos atribuimos entonces lo que no hemos experimentado y lo que no hemos hecho.—En el estado de vigilia, la cosa es rara; casi no ocurre más que á los individuos, cuya imaginación está sobreexcitada. He citado la historia de Balzac, que describe un día, en casa de Mme. de Girardin, un caballo blanco que quiere dar á su amigo Sandeau, y que varios días después, persuadido de que se lo ha regalado efectivamente, pide noticias del animal á Sandeau. Claro está que el punto de partida de esta ilusión es una ficción voluntaria; el autor sabe primeramente que es ficción, pero concluye por olvidarlo. Entre los pueblos bárbaros, en las almas incultas é infantiles, muchos recuerdos falsos nacen de este modo. Ciertos individuos han visto un hecho muy sencillo; poco á poco, á distancia, pensando en él, lo interpretan, amplifican, le proveen de circunstancias, y estos pormenores imaginarios, formando cuerpo con el recuerdo, concluyen por parecer recuerdos como él. La mayor parte de las leyendas, sobre todo las religiosas, se forman de este modo.—Un aldeano, cuya hermana había muerto fuera del país, me aseguró que había visto su espíritu la noche misma de la muerte; examinado el caso, esta imagen era una fosforescencia que se había producido en un rincón, sobre una vieja cómoda donde había una botella de espíritu de vino.—El guía de uno de mis amigos en Esmirna,

decía haber visto una joven conducida en pleno día á través del cielo por la fuerza de un encanto; toda la ciudad había sido testigo del milagro; después de quince horas de preguntas adecuadas, fué evidente que el guía se acordaba solamente de haber visto aquél día una pequeña nube en el cielo.—En efecto, lo que constituye el recuerdo, es el retroceso espontáneo de una representación que va á encajarse exactamente entre tal ó cual anillo de la serie de hechos que forman nuestra vida. Cuando este retroceso y este encaje han llegado á ser involuntarios, cuando ya no nos acordamos de que primeramente han sido voluntarios, cuando finalmente ninguna otra representación proyectada en el mismo punto surge para oponerse, el falso recuerdo es tenido por verdadero.

Todas estas condiciones se hallán en el ensueño, por esto tenemos en sueños no solo percepciones exteriores falsas, sino también recuerdos falsos (1). He notado varios en mí mismo; últimamente aún, me figuraba estar en un salón, donde hojeaba un album de paisajes; el primero de los dibujos representaba el mar polar, una sábana de agua azul, rodeada de masas de hielo. En este momento, percibo que el autor está de pie ante mí, y me siento obligado á alabar en voz alta la belleza de la obra; vuelvo las páginas, y los paisajes me parecen cada vez más malos, y de pronto recuerdo que el año anterior he tenido ya el

(1) 28 de Setiembre de 1868. M. Maury cita varios recuerdos falsos que ha tenido en sueños. *Le Sommeil et les Rêves*, p. 211 y p. 70.—Véase en la primera parte, libro II cap. I, p. 117, la historia del viejo que se atribuía los viajes que había leído como los que había hecho.

album entre las manos; que hasta he hablado de él en un periódico y que mi artículo, muy poco halagador, ocupaba treinta ó cuarenta líneas en la tercera columna de la segunda página; ante este recuerdo, me encontré tan corrido que desperté. Notad que todo este ensueño era una novela, pero el retroceso y el ajuste se habían hecho espontáneamente, sin hallar representación contradictoria, de suerte que el artículo imaginado se encontraba afirmado.

De modo semejante, nada más frecuente que los recuerdos falsos en los locos, sobre todo en los monomaniacos. Se forman una novela conforme á su pasión dominante, y esta novela incluida en su vida termina por formar á sus ojos todo su pasado.—Una mujer que he visto en la Salpêtrière contaba, con una precisión y una convicción perfectas, una historia según la cual era noble y rica. Su verdadero nombre era Virgina Silly y ella se llamaba Eugenia de Sully. A creerla, sus padres la habían abandonado siete ú ocho veces, y su madre había terminado por venderla á titiriteros con los que había vivido dos años. Antes de 1848, sostenía conversaciones con Luis Felipe y le daba noticias acerca del Casino, la Cabaña, el Ranelagh y los hospitales. «Era, dice, comisario noticiero de S. M. y el rey me daba grandes sumas.» Más tarde, cuando estuvo en su alojamiento de la calle Poissonnière, el Emperador vino á escucharla detrás de un tabique, y la hizo encerrar. Uno de sus tres mercaderes de esclavos en Chile, le ha dejado seis millones, todavía tiene 250.000 francos en la caja de depósitos y consignaciones. Pero la han robado sus papeles y sus pergaminos, y han puesto en su lugar una